



## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO I.

Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo; estado en que éste se hallaba, y retrato de su ama.



OR miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y bajó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponían entre las dos parentesco mas estrecho. Le estábamos preguntando si se podría hablar al señor canónigo, cuando se dejó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavía de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venía vestida con una especie de bata de paño ordinario, que ceñía con una ancha correa de cuero, de la cual pendía por un lado un manojó de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. Saludámosla con mucho respeto, y ella nos correspondió con igual cortesanía, pero con un aire devoto, y los ojos bajos.

He sabido, le dijo mi camarada, que el señor licenciado Cedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle éste, que espero le dará gusto. Alzó entonces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando á conciliar mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendía entrar á servir.—Sí, señora, respon-



dió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque, tal como vd. le ve, le han sucedido desgracias que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama de un patriarca de las Indias. Al oír esto la buena de la beata, apartó los ojos de mí por volverlos al que le hablaba con tanta gracia y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecía desconocido.—Tengo alguna idea, le dije, de haber visto ya esa cara, y estimaria que vd. ayudase á mi memoria.—Casta señora Jacinta, le respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atención de vd. Dos veces he venido á esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.—Justamente, replicó entonces el ama, acuérdomé muy bien, ya caigo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será vd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga vd. conmigo, y hablará al señor Cedillo, que sin duda tendrá gran gusto de recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del canónigo, el cual vivía en un cuarto bajo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Díjonos esperásemos un instante en la primera, mientras iba á avisar al señor canónigo que estaba en la segunda. Después de haberse detenido algún tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dijo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada detrás de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas, y apoyando las piernas en un almohadon de pluma. Acercámonos á él, sin escasear las cortesías; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya había dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, estendiéndose principalmente sobre el grande honor que me había grangeado bajo el magisterio del doctor Godinez en las disputas de filosofía, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo, no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta:—Amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este mozo; basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran cortesía al canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió muy alegre, diciéndome al oído que me quedase allí, y que ya nos veríamos. Apenas había salido de la sala, cuando el licenciado me preguntó cómo me

llamaba, y por qué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á entrambos, sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y Don Rafael les hicieron reir tan fuertemente, quo le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le escitó una tos tan violenta, que temí fuese llegada su hora: aun no habia hecho testamento: considérese cuánto se turbaria la buena ama. Vía toda trémula y azorada correr de aquí para allí por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, estregarle la frente, y darle palmaditas en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta, temerosa de que le repitiese la tos al amo. Llevóme al guarda-ropa donde, entre otros vestidos, estaba el de mi predecesor. Hízomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podria servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizaje bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecia ser cocinera de un arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un jigote, la chanfaina, y en general toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida, volvimos al cuarto del canónigo, donde mientras yo ponía los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le ponía la servilleta, prendiéndosela por detras con alfileres. Se le sirvió una sopa que se podia presentar á un corregidor de Madrid, y una fritada, que podia avivar el apetito de un virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del canónigo. A vista de tan delicados manjares, mi buen viejo, que yo creia estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle: aunque trémulas, iban y venian con bastante ligereza á donde eran menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Cuando ví que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de dos codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De cuando en cuando le hacia beber grandes tragos de vino mezclado con un poco de agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda,

aplicándosela ella misma á la boca y teniéndola con las manos, como si fuera á un niño de quince meses. Se comió las pechugas y las piernas, sin dejar los alones. Siguiéronse los postres; y cuando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle á poner la almohada y dejándole dormir tranquilamente la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo; pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo ó con un conejo, y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida estaba yo bien, y lo pasaba alegremente; solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia éste una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Además sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con frecuencia.—Gil Blas, me dijo la segunda noche, tú eres mañoso y diligente, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obediéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonía. Quince años ha que me sirve con un celo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí, que no sé cómo pagárselo; y confíesote, que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana, é hice bien. No podia ver á esta pobre muger, y lejos de agradecerle lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy, todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre, el amor que me tienen y el bien que me hacen.—Vd., señor, tiene muchísima razon, le respondí; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza.—Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él; y no me olvidaré de tí como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo; si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia aguantar, yo solo le habria hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas leve respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. No le gustaba acompañarme de noche, y se le hacia intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir.—¡Qué bribon! exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio: no merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un celo infatigable: ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun cuando sude sangre por servirle.

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo, pues, pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa; bien es verdad que descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, estaba yo pronto á mudarles de platos, á servirles de beber, y en fin á hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios llegué á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darle conversacion, y le pregunté si vivian todavía sus padres.—¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo ha que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de hablar, que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó, por mejor decir, descubrí yo por su sencillez, que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenía de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormia con sosiego mientras yo estaba en pié velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuía á mantener en ella aquel color vivo y fresco era, segun me dijo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.

*ell*



## CAPÍTULO II.

Qué remedios suministraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que resultó, y qué dejó á Gil Blas en su testamento.



ERVÍ tres meses al señor licenciado Cedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el canónigo ante todas cosas comenzase por hacer testamento; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí, pues, á buscar al doctor Sangredo, y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años, á lo menos, tenia continuamente empleada la tigera de las parcas. Su exterior era grave, serio, con un sí es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las espresiones. Parecía que media sus discursos geométricamente, y era singular en sus opiniones.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono magistral:—Trátase aquí de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo